

Mis stanes canas, mi cabello blanco,
ya no tengo el encanto de la juventud,
me caen los dientes.
Del tiempo dulce
de la vida, me queda ya poco; por eso
voy plañiendo, y me horroriza el futuro.
El agrio del haber es terrible,
y el camino
que conduce allí, es amargo; quien lo pasa
ya no vuelve a subir.

SÓFOCLES.

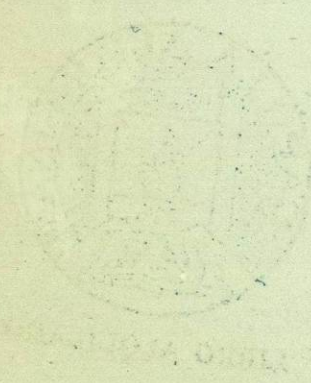
Hijo de un fabricante de armas y de situación acomodada, Sófocles (h. -496-406), nació en Colonna, junto a Atenas; a diferencia de Eurípides y Esquilo desempeñó repetidas veces cargos públicos; en -443 y -442 fue helenotamía, es decir, miembro de la administración del tesoro de los aliados; en -441 estratega junto con Pericles en la guerra contra Samos. De los 123 dramas que escribió, -- sólo se han conservado siete y una sátira dramática.

SÓFOCLES.



SOFOCLES.

Hijo de un fabricante de armas y de situación acomodada, Sófocles (h. 496-406), nació en Colona, junto a Atenas; a diferencia de Eurípides y Esquilo desempeñó repetidas veces cargos públicos en Atenas y —445 y —442 fue helenista, es decir, miembro de la administración del tesoro de los aliados en —441 estrategia junto con Pericles en la guerra contra Samos. De los 123 dramas que escribió, sólo se han conservado siete y una séptima dramática.



EDIPO REY

Escena

Palacio real. Altar de Apolo Licio. Sacerdotes de Zeus y un grupo de niñas con raras de olivo.

Personas

Edipo, rey de Tebas.
Yocasta, su esposa y madre del rey Layo.
Coro, hermanas y sacerdotisas de la ciudad, sacerdotisa y niñas.
Edipo, cuando por un hazarillo suyo se atrevió a desafiar a un oráculo que decía que el rey Layo sería asesinado por un hijo suyo.
Edipo, que fue siervo de Layo y pastor del palacio.
Antígona e Ismene, hijas de Edipo y Yocasta, aún niñas.
Sacerdotisas de Zeus.
Niños, esclavos, pueblo.

EDIPO REY.

SOFOCLES.



LIBRO ALQUILADO

EDIPO REY

Escenario

Tebas. Palacio real. Altar de Apolo Licio. Sacerdote de Zeus y un grupo de niños con ramas de olivo.

Personas

Edipo, rey de Tebas.
Yocasta, su esposa y viuda del rey Layo
Creón, hermano de Yocasta
Tiresias, vidente oficial de la ciudad, anciano y ciego, guiado por un lazarillo
Sacerdote de Zeus
Un mensajero
Un pastor, que fue siervo de Layo
Un paje del palacio
Antígona e Ismene, hijas de Edipo y Yocasta, aún niñas
Coro de ancianos
Grupo de suplicantes
Pajes, criados, pueblo



EDIPO REY

EDIPO.—¡Hijos, progenie renovada del remoto Cadmo! ¿Qué mueve esta reunión? ¿A qué esas suplicantes disposiciones? Postrados en tierra, con ramos de oliva... ¡y toda la ciudad saturada del perfume de los sacrificios del incienso y, en toda ella, lamentos y clamores!

¿Qué es? —me dije yo—. Pero en lugar de que los mensajeros me dieran razón, he preferido venir en persona. Aquí estoy. Soy Edipo. Todo el mundo celebra su gloria.

Se dirige al sacerdote. A ti, anciano, te toca darme razón. ¿Qué motiva esta humillada situación por tierra? ¿Algo teméis? ¿algo anhelaís?

¡Ah, si de mí depende remediarlo: tened por dada la ayuda! ¡Qué duro fuera yo si ante este cuadro no me llenara de conmiseración!

SACERDOTE.—Vamos, lo digo. Rey, rey de mi patria, Edipo. ¿Ves qué edad tienen los que aquí están congregados? Están ante el altar. Unos son niños débiles,avecillas que el vuelo alzar no pueden. Otros, son viejos, por la anciana tormenta rendidos, como soy yo, sacerdote de Zeus, y aun así. —Acá está la gallarda flor de los pubescentes, y luego, todos, todos sus vasallos. En esta plaza, todos agrupados cabe el altar. Y otros allá ante el templo de Palas, o al lado de la tumba del agorero Ismeno.

Turbión de males pesa sobre esta ciudad. Está abrumada ya. Oleaje de sangre la sumerge. No puede alzar cabeza entre las turbulentas ondas. Los frutos de la tierra, en sus mismos tallos se agostan. Los rebaños que van por las praderas paciendo, caen yertos ante la muerte. Y lo más duro y cruel: el germen humano atormenta a las madres, pero no es fecundo.

Un numen que arde en fuego contra la ciudad pugna. La destruye, la anonada. Es la tremenda Peste. Queda vacía y silenciosa la tierra de Cadmo y el Averno se enriquece de lamentos, de gemidos interminables.

No, no intentamos ni yo ni estos hijos asimilarte a los dioses. Pero sí te juzgamos el primero de los hombres. El que conoce, como nadie, los alternantes cambios y mudanzas de la

vida humana; el que sabe también de las misteriosas y secretas determinaciones de los dioses. Llegas apenas a Cadmos y nos libertas del tremendo tributo que a la horripilante encantadora dábamos. Nada sabías no habías buscado informes, nada te habíamos dicho. Te guiaba un dios —eso se pensó, eso se dijo— te guiaba un dios, y nos salvaste la vida.

También ahora a tí venimos. Edipo amado de todos, Edipo poderoso: venimos a tí suplicantes todos. ¡Debes hallar para nosotros un remedio! Recibas de los dioses el consejo, o te lo dé un hombre... nada importa. Sabe el hombre regir, si ha sufrido, y el que en fortuna adversa ha visto su vida atormentada, ese es el que puede remediar los males ajenos.

¡Oh, el mejor de los hombres: esta ciudad restaura! ¡Tú mismo te aprovechas de tu obra, si nos defiendes, serás, como fuiste, un salvador, un defensor. ¿Qué dijeran, si no? ¡Que nos alzaste para sumergirnos! La patria consolida; la ciudad afirma. ¡Qué feliz fue tu actividad antaño: que ahora se renueva. Reinar sobre hombres: esa es la grandeza de un rey! ¿Quién quisiera reinar en un desierto, desolado y sin hombres? ¡Un fortín, una nave, nada son si no el vivir de hombres les da vida!

ED.—Hijos que compadezco: ya lo supe. Conozco vuestros males, conozco la incierta fortuna. Sufrís, sufrís es cierto. Los males se acumulan sobre vuestras cabezas. Y nadie habrá que sufra más de lo que sufro yo. Vosotros, cada uno, su propio dolor saborea: el dolor propio solo. Pero en mi alma el dolor de todos se amadriga: el vuestro, el de la patria, el mío.

¡No despertáis a un hombre que sueño domina! Ved que he llorado mucho, he cavilado larga y profundamente mil proyectos, mil medios... y ansioso y angustiado, sigo buscando.

Tras mucho meditar, hallé un remedio, y ya lo puse en obra. Al hijo de Meneceo, que es mi cuñado Creón lo envié a la Pitia mansión de Febo para que consultara al oráculo acerca de lo que hay que hacer, qué determinación tomar para alcanzar que la ciudad sea salva. Y han pasado los días bien medidos para que él de su comisión regresara y estoy afanado pensando lo que puede haber sucedido. Pero él regresará. Cuando regrese un perdido serfa yo, si no pusiera en obra lo que el dios haya dicho.

SAC.—¡Al buen dicho tuyo: ya me dan la noticia: Creón —regresa!

ED.—Ah, rey Apolo, que su mensaje sea afortunado para salvar a la ciudad: ¡su rostro radiante ya lo dice!

SAC.—Dulce será, yo creo; bien lo pregona su semblante: ¿a qué, si no, esa corona de florido laurel que lo ciñe?

ED.—Muy pronto lo sabremos. Tan a la medida está que ya mi voz puede ser por él oída.

Príncipe, mi cuñado, hijo del Meneceo, ¿qué nuevas traes para nosotros de parte de dios?

Entra Creón.

CREÓN.—¡Nuevas felices! Digo muy bien: los males más infaustos, si hallamos medio de contrarrestarlos, en buena dicha llegan a trocarse.

ED.—¿Qué dice ese lenguaje? Nada conforta tampoco nada aumenta el afán tu modo de expresarte.

CR.—¿Lo digo ante todos? ¿O entramos al palacio? ¡Dispuesto a hablar estoy!

ED.—A todos habla. Son sus angustias las que oprimen mi alma más que las propias mías.

CR.—Hablaré, entonces, lo que del dios he oído. Nos impone Febo riguroso el mandamiento de que arrojemos de esta ciudad una mácula que la infesta. Que no dejemos que medre, porque terminará por ser incurable.

ED.—¿Qué medio impone? ¿De qué mal se trata?

CR.—Echar fuera asesinos. O hacer que muerte por muerte se pague. Una sangre vertida es la fuente de todos estos males.

ED.—¿Muerte de quién el oráculo señala?

CR.—Fue Layo, nuestro rey de antaño, oh príncipe. El gobernaba antes que tú en esta ciudad ejercieras imperio.

ED.—Lo oí decir. A él jamás lo vi.

CR.—Murió él. Y ahora el dios nos urge a que, sin miramientos, con dureza se castigue a los matadores.

ED.—¿En qué región habitan? ¿Quién puede husmear la pista de tan viejo crimen?

CR.—Dijo el dios que aquí están. Lo que se busca, se halla. Lo que se deja, perdido queda.

ED.—¿En su casa, en el campo, en tierra lejana? ¿Dónde fue asesinado Layo?

CR.—A recibir oráculos divinos —dijo él— partía. Se fue y jamás regresó.

ED.—¿Algún mensajero, algún compañero de camino no vio los hechos? ¡El pudiera darnos informe!

CR.—Es que murieron todos. Uno solo quedó. Pero tan dominado por el espanto que jamás ha podido darnos informes, -- sino es de un solo dato.

ED.—Y, ¿ese cuál es? De uno se puede deducir todo. Un leve principio es ya base para la esperanza.

CR.—Ladrones, así dijo, le salieron al paso y le dieron la muerte. No sucumbió a la fuerza de un brazo, sino al empuje de una gavilla.

ED.—Un ladrón, si no tenía ya paga aquí, ¿cómo podría haber osado cometer tal crimen?

CR.—Hubo quien lo pensara. Pero, ya muerto Layo, nadie hubo que se echara a cargo el vengar su muerte. ¡Era tanta nuestra zozobra...!

ED.—¿Zozobra? ¿Cuál? ¿Tan grande que impidiera hacer justicia al rey mismo muerto? ¡Hundido el trono no hubo quien lo amparara!

CR.—La Esfinge de cantos enigmáticos y falaces, esa fue. Nos hizo que mejor atendiéramos a lo del momento presente, dejando en el silencio lo que el misterio había envuelto en sombras.

ED.—Tomaré el asunto otra vez desde el principio. Febo ha hecho su recta acción. Tú otro tanto. Bien ha sido buscar esta forma de hacer justicia al muerto. El dios y tú hallarán en mí al vengador. No, no lo hago por amigos remotos: lo hago por mí mismo. Quien a él asesinó a mí mismo puede exterminarme. Debo echar fuera esta mácula. No por el rey muerto, por mí mismo pugno.

Ea, niños, ya. Rápidos levantaos de esas gradas y llevaos los ramos suplicantes. Un hombre vaya y reúna al pueblo todo de Cadmos. Haré yo cuanto pueda. Un dios me asista y venzo, o perezco.

Entra Edipo a su palacio.

SAC.—Levantémonos, niños. Eso que dice el rey era el motivo de nuestra plegaria. Febo que ha enviado tales enseñanzas, venga cual salvador de nuestros males y cual poder que hace huir la peste.

Llega el Coro de quince ancianos.

CORO EST. 1.—¡Dulce palabra de Zeus que da la Pito rica a esta nuestra ciudad llegas! ¡A esta Tebas la famosa! Mi mente hundida en espanto empuja a mi corazón. Oh dios de las horas negras, oh Delio de los cantares ¿qué respuesta trae tu oráculo? Me estremezco de terror, ante tí, dios de la salud. ¿Qué vas a imponer a nuestros hombres? ¿qué don nos vas a pedir? ¿Harás que lo ya olvidado, a vivir torne otra vez?

¡Habla, Palabra inmortal, hijo de la Aurea Esperanza: di tu oráculo!

ANT. 1.—A tí primero yo clamo, oh hija de Zeus, Atena inmortal. Y a la reina de esta tierra, tu hermana Artemis, la que tiene solio en medio de nuestra plaza. Y a tí también Apolo lanzador de dardos.

¡Ah, los tres a un tiempo sed defensa, sed amparo, triples en vuestra ayuda! ¡En tiempo antiguo cada vez que una desdicha se tendía sobre esta ciudad, lanzábais fuera de los confines la mala peste y la ruina ardiente!

Es ahora cuando debéis repetir vuestra piedad.

EST. 2.—¡Ay, ay, misero de mí... males sin número te atormenta el pueblo con la peste, y no halla mi pensamiento un medio para exterminarla. Ya los frutos no medran en la tierra antes opulenta; ya los dolores de las madres van resultando infecundos. Y vuelan hacia el Averno mis hijos uno tras otro, cual las aves fugitivas en su vuelo sin rumbo. El dios del remoto poniente está en acecho para recibirlos!

ANT. 2.—¡Con innúmeros muertos la ciudad se aniquila. Yacen en tierra sus hijos, sin que haya compasión. Nadie por ellos llora. Las jóvenes esposas al altar se refugian, las madres de canosas cabezas se atumultan en lloro. Y todas lloran sus tremendos infortunios. Surge vibrante y luminoso el peán, pero en acorde de dolientes ayes. ¡Hija de Zeus, sálvanos: tú cuyo rostro, al proteger sonrías!

EST. 3.—El bronco Ares, sin escudo ni lanza, hoy se ensaña batallador contra nosotros. Me acosa, me aniquila. Haz que ya retroceda, que se aleje de esta ciudad con la mayor presteza, que el violento vendaval lo arrebathe. Vaya a remotas playas, ya a la desolada de Anfitrite, ya a los inhóspitos riscos de tormentoso Tracio... Cuando la noche llega, si el día perdonó algo, ella, cruel, a destruirlo se apresura. ¡Ven a nosotros, padre Zeus, dueño solo del arco fulgurante, ven

con un solo tiro, acaba con tus males!

ANT. 3.—¡Oh, Licio dios, oh defensor Apolo... Salgan ya de tu arco los dardos invencibles. Ve por delante frente al enemigo. Dardos también Artemis, que con ellos destruye centelleante en los cerros de Licia. Venga también el de los rizos de oro, Baco el triunfante, rubicundo y bello, él que en orgías se place, él que a todos en locura enciende, llegue y sus baticantes, las errabundas Ménides, hasta nosotros vengan. Alce radiante antorcha contra los turbios númenes que nos destruyen, que sea para todos los adversos, baldón y oprobio.

Sale Edipo. Oye los versos últimos del Coro.

ED.—¿Es lo que pides? Lo que pides yo haré que se vea cumplido. Oye mi designio, atiende y cumple lo que yo he de decir. Si el medio de salvarte pones en práctica, tendrás que ser liberado de todos los males.

Voy a hablar ante todos. Nada sé de los hechos, nada de las versiones que acerca de ellos corren. Hoy soy un ciudadano, como todos. Nada tuve que ver con ese delito. Ni la mínima noticia tuve de él. Ea, pues, yo mando que todos los que esta ciudad de Cadmos habitan atiendan:

El que sepa quién fue el autor de la muerte de Layo, hijo de Lábdaco, preséntese y declárelo. ¿Vive el culpable aquí? Hable y se le hará una concesión de indulgencia. Nada la ciudad, ni en castigo, ni en venganza habrá de hacer en su contra. No sólo el silencio que calla, sino la gratitud que premia: eso tendrá.

Ah, pero si en callar se empeña, si temeroso oculta, ya a sí mismo, ya a un amigo suyo, yo mando en tal caso terriblemente:

Sea el que fuere, en este territorio, sobre el cual ejerzo el imperio, nadie le diga palabra, ni le deje asociarse a los sagrados ritos, ni siquiera a las abluciones lustrales. Quiero y mando que todos a ese sin piedad lo expulsen, de su propia mansión, de la ciudad entera. Él, él es ciertamente la causa de nuestra horrible peste. Eso el oráculo de Delfos manifiesta. Ya veis como me propongo vengar al muerto y vengar el derecho del dios.

Y el asesino, si obró solo, o si obró con cómplice, lleve una vida dura, cruel e intolerable. Maldito y desdichado para siempre.

Y si él en mi casa mora, o si yo, sabiendo lo que es, lo acoyo, vengan sobre mí todos esos males que para él auguro.

Todo esto ruego que miréis vosotros para que sea cumplido. Hacedlo por el dios, hacedlo por la patria, que sucumbe desprovista de frutos, dejada en el olvido por los dioses.

Lo manda un dios, pero si no lo mandara, os tocaría a vosotros urgir vindicta. ¡Murió el varón más recto, el rey tan bueno! ¡hay que hacer las pesquisas para descubrir al asesino! Ahora yo impero en su lugar, yo tengo el poder que antes tuvo, tengo su mismo tálamo y a su consorte misma. Tuviéramos los hijos por comunes, si a él no se le hubiera negado descendencia. ¡Aun en eso la fortuna le fue adversa! Me hago por todo eso el defensor de Layo, tan al grado de lucha como si hubiera él sido mi padre. Todo medio habré de poner en juego, buscaré con afán hasta no descubrir al culpable. ¡Mató al hijo de Lábdaco, hijo que fue de Pilodoro, y este del remoto Cadmo, y en el tronco supremo, su padre fue Agenor.

Dioses, a vosotros apelo: si alguno rehusa seguir mis mandatos, ni frutos en sus campos, ni hijos en sus mujeres habréis de concederles. Los abate la peste, los mate un infotunio más potente.

Y vosotros, oh habitantes de Cadmos, que secundéis mis órdenes, seais siempre asistidos por la Justicia, amparadora y aliada, y los dioses todos os cubran perpetuamente de bienes.

CORIF.—Solemnes imprecaciones son tus palabras, oh rey. Yo también habré de hablar en el mismo elevado tono. Yo el regicida no soy, ni sé dónde él pueda hallarse. Dilucidar el asunto toca a Febo que ha mandado que se busque al asesino. Él lo habrá de descubrir.

ED.—Justamente. ¿Pero hay mortal alguno que pueda forzar a los dioses a hacer lo que ellos no quieren?

CORIF.—Segunda insinuación formulo.

ED.—Y si una tercera hay, dí todo, sin demora.

CORIF.—Rey del oráculo es Febo, rey del oráculo Tiresias. Es lo que tengo sabido. ¿Por qué no acudir a él, para que descifre el misterio? ¿Te parece, rey?

ED.—Tampoco he descuidado ese medio. Ha tiempo que envié a traerlo por indicación de Creón, mediante dos emisarios. Me admira que aún no haya llegado.

CORIF.—Y otra cosa no hay. Sí, algunos vagos rumores, algunas viejas hablillas...

ED.—¿Cuáles son? Cuido de todo lo que se diga.

CORIF.—Que murió dicen a manos de caminantes.

ED.—También lo he oído. Pero al que vio eso, ¿quién lo ve ahora?

CORIF.—Por poco temor que tenga, si llega a saber tus amenazas, no tardará en presentarse.

ED.—A quien no espantan obras, menos teme palabras.

CORIF.—Vaya. Tenemos ya a quien pueda descubrirlo. He aquí al divino vidente, el único de los hombres que de nacimiento tiene el don de la verdad.

Llega Tiresias llevado por un niño y con dos criados de Edipo.

ED.—¡Oh Tiresias, que todo lo comprendes, lo mismo aquello que puede decirse, que lo que el labio humano no puede pronunciar; los misterios del cielo, y los de la tierra. Ciego eres pero miras en qué amarga dolencia la ciudad se halla abatida. Tú eres, príncipe, el único que salvarla y protegerla puede.

Febo responde a nuestra pregunta —lo sabrás acaso por mis enviados— que el medio seguro y único de dar fin a esta triste plaga es descubrir y dar muerte a los que a Layo asesinaron, o si no, al menos lanzarlos fuera de esta tierra.

No nos niegues tu ciencia: ya sea que del vuelo de las aves, ya sea que de otra fuente la saques. Da tu saber profético y salva, primero, a tí, después a la ciudad y a mí por fin. Salva de esta mácula del asesinato a todos. En tu poder estamos: el más bello de los trabajos es ser útil a otros en lo que uno tiene y en lo que uno puede.

TIRESIAS.—¡Ay, ay: terrible es el saber cuando el que sabe de ello no aprovecha. Bien lo sabía, pero lo había olvidado. De tenerlo presente, acá no hubiera venido!

ED.—¿Eso qué es? ¿Te pesa haber venido?

TIR.—Deja que torne a casa. Harás bien a tí mismo, me lo harás a mí. Insisto y te lo ruego.

ED.—Ni dices lo acertado, ni a la ciudad muestras amor, a ella que te dio el ser, si no nos das respuesta.

TIR.—Advierto que tú mismo tampoco hablas lo justo. No quiero errar también y me retiro.

ED.—¡No, por los dioses, no! No te vayas, sabiendo lo que sabes. Rendidos todos a tus pies lo pedimos.